



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

14 de abril de 1888

Núm. 24



TIPLE Y ORQUESTA

EL UNIVERSO

Todos sabéis, queridos camaradas, lo que significa la palabra *universo*: en la clase de geografía del establecimiento donde cursáis esta asignatura os habrán dicho que de dos palabras latinas, *unus* y *verto*, se forma la castellana *universo*, que quiere decir *tornar*, *convertir en uno*, reunir en una varias cosas. El conjunto ó reunión de todos los seres que pueblan el espacio es lo que llamamos *universo*.

El estudio de éste corresponde á la *cosmografía* (del griego *kosmos*, armonía, universo; y *grapho*, describir). Esta ciencia nos da una idea del espacio y de los mundos que lo habitan; explica sus movimientos, su forma y magnitud; las relaciones que unen unos astros con otros y los múltiples fenómenos que en ellos se observan.

Ayudado este estudio por los potentes aparatos inventados hasta el día, y por las consecuencias lógicas deducidas de la observación y la experiencia, llega á penetrar las reglas precisas que son la norma, la ley que preside al concierto universal, á la armonía admirable de la obra del Criador.

Es la cosmografía el estudio más bello que puede imaginarse. ¿No sentís, queridos camaradas, una sensación indefinible, siempre agradable, al contemplar en una noche del helado invierno el cielo límpido y sereno, sembrado de millares de estrellas que cual riquísimos diamantes tachonan el soberbio manto azul del firmamento, llenándolo de resplandor? ¿No os parece incomparable, esplendente, el fastuoso panorama de las regiones estelares, donde todo luce, todo se mueve, todo vive, conforme al mandato del Supremo Hacedor?

Pues si tal sensación experimentamos nosotros, ¿qué sentirá el sabio, el astrónomo, que, dirigiendo al espacio su vista escrutadora, admira á través de los cristales de gigantesco telescopio los encantos de las estrellas; y descubre, allí donde nosotros veíamos sólo un puntito brillante ó una estrella de pálida luz, un mundo más grande, más encantador, más lleno de atractivos que nuestra Tierra?

¿Qué sorpresa recibirá al contemplar el planeta *Júpiter*, por ejemplo, el más voluminoso de todos los mundos de nuestro sistema; el astro encantador, en cuya superficie reina eterna primavera; cuya luz brilla y centellea tanto y más á veces que la de Venus; cuya noche de cinco horas es presidida por cuatro lunas que envían sus reflejos sobre esa tierra inmensa, 1,400 veces mayor que la nuestra? Y al encontrar con el anteojo el mundo llamado *Saturno*, de volumen igual á 734 Tierras juntas, bello planeta rodeado de tres anillos planos que presentan variados aspectos, y de 8 lunas que giran en su cielo, llenando de luz la extensa superficie del astro; ¿no os parece que sentirá el observador una dulce é inexplicable sensación, que le hará extasiarse ante la obra incomparable de la Infinita Sabiduría?

Y esto sin traspasar los límites de nuestro sistema. ¿Qué será al contemplar esos soles primorosos, de más hermosura que el nuestro, que iluminan y envían á otros astros los fúlgidos destellos de su vivo resplandor; y las admirables estrellas dobles, triples y hasta séxtuples, cual es la estrella *theta*, de Orión, sencilla á simple vista y hermosa reunión de brillantes astros en que se la ve descomponerse al observarla con el telescopio; y esos mundos lejanos, alumbrados por dos soles de diferente color, como en el sistema de *Andróme-*



La aurora

da, verbigracia, donde luce un sol de color anaranjado, y otro, más pequeño, de verde esmeralda; ó en el sistema *Hércules* con sol encarnado y sol verde; y tantos otros ejemplos de mundos sobre los cuales extienden su luz soles de variado brillo, de distintos matices, de vibrante resplandor?

Al ver las bellezas de otros sistemas, y al contemplar, tanto como los aparatos lo permiten, el grandioso panorama que presentan otros mundos aleja-

dos millones de leguas del nuestro, debe sentirse el alma de tal modo extasiada, que habrá de hacer un gran esfuerzo para que, al volver á la realidad de nuestra vida terrestre y fijar la atención sobre el planeta que nos sirve de morada, no le parezca éste demasiado pequeño y miserable, diminuto grano de arena perdido en la inmensidad de un espacio por donde gira, olvidado y oscuro, condenado á no gozar jamás de los encantos y maravillas que son tan comunes, sin embargo, á otras regiones.

Grande y majestuoso es el universo, como obra al fin de la Suprema Sabiduría.

Su existencia pregona la del Ser que lo creara; sus prodigios y maravillas, la omnipotencia del Hacedor; sus leyes invariables, la Justicia Soberana; y el orden que en él reina, la Sabiduría Infinita.

Nada puede ser tan admirable como la obra de la Creación. Por eso exclama el autor de las *Melodías irlandesas*: «Falso y pasajero es el resplandor de las alas de la gloria, como las tintas del crepúsculo; flores del amor, de la esperanza, de la hermosura... sólo para el sepulcro habéis sido abiertas. Nada hay tan brillante como el cielo.»

Así lo han comprendido mis valientes camaradas, que, al oír hablar de los encantos esparcidos por el universo, sienten ardentísimos deseos de pedir permiso á sus respectivos papás para emprender un viaje á esas alturas y pasar las vacaciones admirando las bellezas del mundo sidéreo, que describirían luego á sus amigos con tal entusiasmo que habían de provocar seguramente una constante emigración hacia todos los ámbitos del universo entre todos los que oyeran las pintorescas relaciones de países donde ningún mortal puso aún su planta.

Si no sobreviene algún accidente que nos lo impida, hemos de hacer alguna excursión á los mundos de nuestro sistema solar, procurando llevar á debido efecto nuestro propósito, sin que nos robe mucho tiempo; pues ya veo que tenéis mucho que estudiar (y yo también, pues soy estudiante como vosotros), y se acerca el fin de curso, y con él los exámenes, donde esperaréis obtener las mejores notas como premio á vuestra aplicación. Dios mediante, habrá tiempo para todo. Toda la dificultad queda resuelta desde el momento en que vosotros renunciéis á un cuarto de hora de juego (cosa bien sencilla ahora que van siendo grandes los días y tenéis más tiempo para correr) y lo dediquéis á estudiar conmigo un poco de lo mucho que existe en el universo y cuyo conocimiento está tan poco generalizado.

En otra carta os daré algunas nociones del espacio ó de alguna otra cosa que os convenga conocer antes de dirigirnos á un punto determinado.

Entretanto podéis contar como verdadero amigo á quien ya es vuestro camarada

BRAVO



ORIGEN DE LAS CORONAS

El abolengo de este distintivo no puede ser en su origen ni más modesto ni más humilde. Las exigencias de la Naturaleza impusieron en la antigüedad su uso. Largos siglos trascurrieron antes de que los hombres adoptaran la costumbre de cubrirse la cabeza conforme lo hacen hoy. Fortalecidos por las rudas y fatigosas penalidades de un trabajo impropio y continuado, miraban con indiferencia las comodidades que podían ser útiles á sus



El gallo y la gallina

necesidades. Cuando, después de terminadas sus cotidianas tareas agrícolas, se sentaban en el campo para comer ó descansar, su primer cuidado era cubrirse la cabeza con lo que tenían más próximo á su alcance. Un puñado de yerba tejida con rara habilidad era, por lo regular, lo que les sacaba de apuros. De ahí las coronas de musgo, *corona graminea*; las de hojas de parra, *corona pompinea*; las de espigas, *corona spicae*; las de roble, encina, laurel y olivo, que con tanta frecuencia se mencionan en la fábula y en la historia.

La corona, creada para llenar una necesidad de las clases más humildes y menesterosas, fué muy pronto elevada á emblema del reposo y la felicidad. Cada divinidad mitológica tuvo su corona particular y relativa á sus respectivas atribuciones. Los labriegos coronaron de espigas á Ceres; los que se dedicaban al cultivo de las cepas ornaron á Baco con una corona de hiedra y hojas de parra; la de Júpiter se componía de toda clase de flores; la del dios Pan, de saúco ó de pino; la de Apolo, de laurel y caña; y de rosas y mirtos la

de Venus, etc., etc. No tan solamente se coronó á los ídolos, si que también los sacerdotes del paganismo orlaron sus frentes con vistosas y deslumbrantes coronas.

Al pasar á los ídolos y al ser adoptadas como distintivo de aquella religión, no perdieron la popularidad que su modesto origen les concedía. La necesidad más precaria las creó para la vida del campo: el lujo, con sus frívolas evoluciones, las arrancó del campo para imponerlas en los templos y palacios. No se celebraba fiesta ni convite donde no se emplearan pródigamente las coronas. Cada individuo se adornaba á lo menos con tres de flores: una en la parte alta de la cabeza, otra que le circundaba la frente, y la tercera que circuía holgadamente su cuello, cayendo sobre su pecho á guisa de florido collar ó toisón. Se adornaban á la vez con coronas toda clase de muebles, puertas, ánforas y mesas.

De tan manifiesta predilección por las coronas puede deducirse el frenético entusiasmo con que se disputaban las que se otorgaban para recompensar el talento y el valor.

Los romanos heredaron de los griegos el uso de tales distintivos; pero, en tanto la inacción y el lujo de Asia y Grecia no consiguieron entrar en Roma, únicamente se admitieron como adornos del culto y para premiar determinados hechos de armas, lo que estimuló en gran manera el valor y el entusiasmo de los romanos. Clasificada en distintas categorías, destinóse la *corona de oro* á los que de derecho correspondía el éxito de la victoria; la *castrense*, al soldado que primero asaltaba las trincheras del enemigo; la *naval*, llamada también *clásica* y *rostrata*, compuesta de hojas de roble, se otorgaba á los jefes de las naves que conseguían alguna victoria naval; la *obsidional*, que no por estar compuesta de musgo y yerba era menos honorífica, la ofrecían los habitantes de una ciudad libertada al general que había conseguido levantarles el cerco con que les estrechaba el enemigo; la *mural* se concedía al que en un asalto escalaba el primero el adarve; la *oval* á cuantos merecían los honores de la ovación, del proscenio como si dijéramos (hoy sería una industria muy lucrativa); y, finalmente, la *cívica*, una de las más honrosas y preclaras, se concedía al que salvaba la vida de un semejante matando al propio tiempo á su enemigo.

Algunas otras coronas se conocían: entre ellas, las *fúnebres*, que se colocaban en las tumbas; las *mágicas*, que eran de lanas ó de cera; las de *pluma*, que orlaban las capelinas; las *nupciales* y las *radiantes*: estas últimas destinadas en su origen á los más poderosos ídolos y dioses, y aceptadas más tarde como regio distintivo para ceñir las testas de los reyes y de los príncipes, como tributo el más indicado para significar cumplidamente su augusta dignidad.

A. OZORES



EL GITANILLO

(RECUERDO DE UNA CASA ABANDONADA)

Muy poco ó nada os importa el nombre de la comarca donde se encuentra dicho edificio, ni la provincia de España á que pertenece; pero sí os importa el saber que, hasta hace poco, estaba abandonado entre los escombros de otras casas destruídas por los terremotos, y en medio del paisaje agreste de una sierra pródigamente favorecida por la Naturaleza.

Sosteníanse firmes las paredes y la techumbre á pesar de su escasa fortaleza; pero sus dueños habían huido aterrorizados por aquella catástrofe, y ningún campesino se atrevía á habitarla.

Era que cundían extraños rumores acerca de una excepción tan sorprendente, cuando en torno se habían derrumbado edificios mucho más sólidos.

Aunque atribuían algunos el caso á milagro de Dios, la mayor parte de los sencillotes serranos le colgaban el milagro á un duende, sosteniendo además que este protector de la casa era quien había obligado á sus dueños á abandonarla para siempre.

Así, ya que la soledad suele ser compañera inseparable de las ruinas, aun el temor contribuía más al alejamiento de los serranos.



El ratón domesticado

Sin embargo, no les hubiera disgustado á mis lectores infantiles el hacer á aquel sitio una visita detenida.

Por allí las dulces zarzamoras fraternizaban con los ásperos madroños, y algo más allá centenares de menudas fresas se escondían bajo espeso follaje, como corales entre las olas, mientras por otra parte los higos chumbos principiaban á dorarse á los rayos de un sol meridional.

Con tales frutas, en abundancia y al alcance del primero que las quisiera, y con nidos de pájaros en los árboles y en las matas, aquello hubiera sido para vosotros una Jauja á las horas en que os veis libres de la sujeción de las escuelas, á no advertiros los niños de la vecindad que nadie podía tocar impunemente ni á unas ni á otras cosas, por ser de la exclusiva propiedad del terrible inquilino de la casa.

—¿Cómo era aquel duende?—preguntaréis. En realidad ninguno lo había visto, al menos cara á cara. Sin embargo, algunos atrevidos aseguraban que sí, dando pelos y señales de su catadura. Quien le representaba en forma de culebra, cuya longitud no bajaría de dos metros y que solía enroscarse entre los higos chumbos; quien le había visto como enorme mochuelo asomado á la ventana de la casa, y cuyos ojos brillaban como ascuas en la oscuridad de

la noche; y, en fin, no faltaba quien asegurase haberle visto vestido con la verde piel del lagarto. Lo único en que todos convenían era en encontrarle tan feo, que el escorpión, á su lado, hubiera parecido hermoso.

Con tan espantables señas, ya supondréis que los niños de la vecindad considerarían muy razonable mantenerse á cierta distancia de aquella Jauja, y que la mayor parte de las fresas, madroños, higos chumbos, zarzamoras y otras frutas silvestres, se pudrirían entre las hojas, porque no había de ser el duende tan glotón como feo. Más sabrosas las había en los huertos de sus padres, pero las deseaban mucho menos, porque ningún duende se las prohibía.

* * *

Dice el refrán que «el miedo guarda la viña,» pero esto no siempre es cierto. Una de las cosas contra las cuales nada puede el temor es el hambre.

Aquellos niños no carecían de lo necesario; no vivía ninguno en la miseria; allí no se conocían mendigos. Pero un día llegó uno, un gitanillo con su familia, y, sin importarle un ardite la cólera del duende, principió á aprovecharse de las silvestres riquezas con tan buena maña, que pudo prescindir de la limosna.

Los vendía á los mismos niños que no se hubieran atrevido á acercarse á ellas, y con el producto de la venta compró pan y otros alimentos nutritivos.

Pero ha de asombraros más todavía lo que hizo luego el gitanillo: ¡instalarse con sus abuelos en la misma casa del duende!...

Allí estaban á cubierto de la intemperie y no temían los rigores del invierno.

—¿Y el duende?—exclamaréis al llegar aquí.

El duende había desaparecido. Y no lo atribuyáis á que ni aun á los duendes les guste entenderse con gitanos: es que no existía.

No existen duendes sino en la imaginación de los niños miedosos é ignorantes, y de los hombres que parecen niños por su ignorancia.

El carácter se forma, el valor se educa, de igual modo que la inteligencia acostumbándose á superar los obstáculos, á allanar las dificultades, á luchar con lo adverso, desechando pueriles temores, teniendo en cuenta que la desgracia enseña siempre más que la fortuna, como le enseñó al gitanillo de nuestra historia.

Sólo me falta deciros que desde entonces ya no llamaron *la casa del duende* á la abandonada por su dueño.

El municipio á que correspondía autorizó á aquella miserable familia á seguir abrigándose en ella, sin duda en atención á haber librado al vecindario de la influencia del duende.

Los niños, dando completamente al olvido el huésped imaginario, dieron en llamarla, desde entonces, *la casa del gitanillo*.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

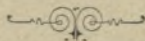




A MI MADRE

No extrañes que ni un canto te dedique,
madre del corazón;
porque sólo al nombrarte, ya he compuesto
un poema de amor.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS



Los carneros

—NUESTROS GRABADOS—

TIPLE Y ORQUESTA

Ellos dos se bastan para dar un espectáculo quizás no menos interesante que el de oír á una tiple de *primísimo cartello* acompañada por el más *virtuoso* de los violinistas. Tienen en su favor la irresistible simpatía de la gracia infantil, de la precoz inteligencia y de la sencillez del corazón. Además, si monísima es la niña, el hermanito no es menos despejado.



Milo

¡Qué lástima, sin embargo, que este cuadro pueda ser verdad, y que criaturas como esas deban perderse en la desmoralizadora vida de las calles!

LA AURORA

Cuando comienza á despuntar el alba y Febo avanza lentamente en su carro de oro; el campo, el bosque y la pradera brillan en todo su esplendor; las plantas levantan sus cabezas, como ansiosas de recibir las primeras caricias del astro rey; las flores parecen cubrirse de un polvo de oro, las avecillas saludan con sus dulces trinos la luz del día, y toda la Naturaleza, en fin, osténtase entonces en todo su esplendor.

EL GALLO Y LA GALLINA

—¿Qué haces ahí?—decía el gallo á una gallina clueca que cubría celosamente sus huevos.—Tres semanas llevas ya en este cesto sin moverte nunca, y no puedo menos de lamentarme de que pierdas así el tiempo para dar calor á unos huevos que nada han de producirte.

—Déjame en paz,—contestó la gallina,—que yo sé muy bien lo que hago. Los polluelos pugnan ya por salir de su cascarón, y no tardarán en rodearme y seguirme por todas partes.

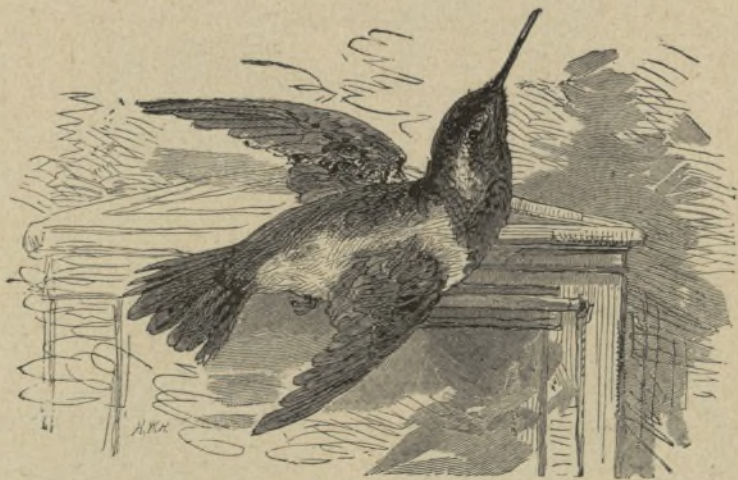
—No lo creo,—repuso el gallo;—pues, por más que digas, nunca podrán romper con su pico la dura cáscara.

—De esto no entiendes tú nada,—contestó la gallina al gallo,—mientras yo sé muy bien á qué atenerme; y, por consiguiente, ve á reunirte con mis compañeras, y á cantar como de costumbre, sin acordarte de mí para nada.

Algunos días después el gallo se pudo convencer de que la clueca tenía razón, pues sacó sus polluelos, que la acompañaban á todas partes.

EL RATÓN DOMESTICADO

Los niños se habían encariñado con un animalito cuya especie nadie sospechará, sin duda, aunque digamos que tenía el pelaje gris y los ojos sumamente pequeños y brillantes. Pues habéis de saber que era un ratón campesino, de tal manera domesticado que, como si comprendiese que era una diversión para los niños, ocultábase á veces en los sitios más recónditos para que le buscasen allí, y se aparecía de pronto si no le encontraban.



Milo

Este ratoncito divertía de tal modo á los niños de la casa, que no lo hubieran cambiado por ningún juguete del mundo.

MILO

Milo era la más pequeña y preciosa avecilla que Mariana había visto. Tenía el pico muy largo, delgado y negro, y el plumaje del pecho era de este último color con mezcla de verde y rojo. La niña Mariana deseaba cogerla, pero era muy asustadiza. Su mamá le dijo que debía procurar, ante todo, no espantar á Milo.

Una mañana, cuando recorría el jardín, la mamá de Mariana vió la avecilla al pie de un matorral, casi inmóvil, con el pico en parte abierto, las alas extendidas y los pies encogidos. Acercósele, recogióla y se la llevó á casa. Sin duda no había recibido daño alguno, pues con el calor de la mano pareció revivir y su corazón latió más apresuradamente. Mariana no pudo reprimir un grito de alegría cuando vió la prisionera, y al momento ayudó á su mamá á mezclar un poco de agua y azúcar para dar de beber á Milo; y, echando unas gotas en el pico, observaron el efecto que producían; pero los ojos del ave permanecían cerrados. Entonces la mamá puso la avecilla al sol, y á los pocos momentos vióse que sacaba la lengua y bebía apresuradamente las gotas. Antes de que Mariana y su mamá estuvieran seguras del alivio del ave, ésta se escapó de la bondadosa mano que la retenía, y, después de revolotear un poco alrededor del cuarto, fué á posarse en la parte más alta de la ventana, desde donde parecía decir á sus amigas:

—Ahora no podéis cogerme.

Mariana se apresuró á esparcir junto á la ventana algunos granos de mijo, poniendo

junto á ellos una taza con agua; pero Milo no quiso acercarse. Muy por el contrario, comenzó á volar otra vez, rozando siempre el techo; hasta que, como tropezase contra el cordón de la lámpara, cayó al suelo.

La mamá creyó al fin que lo mejor sería poner en libertad á la prisionera, y abrió la ventana para dejarla salir. La preciosa avecilla salió entonces lanzando un grito de alegría,



La niña hacendosa

feliz, sin duda, al respirar de nuevo el aire libre, y sin echar de ver, seguramente, las lágrimas de la niña á quien abandonaba.

LA NIÑA HACENDOSA

Mirad á Clotilde, que parece una mujercita á pesar de sus pocos años. Sentada en un banquillo, ocúpase con la mayor gravedad en mondar guisantes; mientras que el gato, mi-

rando fijamente á la niña, alarga de vez en cuando la pata como si quisiera jugar. Clotilde, sin embargo, rechaza al animalito, y prosigue afanosa su tarea, pensando que así ayudará mucho á su madre.

LA CUARTA AVE DEL NIDO

En el ramaje de un árbol de la plaza había un gracioso nido. La bella Rosa no podía alcanzarlo, pero sí verlo desde su ventana. Contenía cuatro huevecillos; y á los pocos días la niña vió otros tantos hijuelos, que al poco tiempo abandonaron el nido volando, excepto uno. Rosa creyó que no volverían, y, por lo tanto, dejó de mirar el objeto que tanto le interesaba; pero si se hubiese fijado un poco habría notado que el nido no estaba vacío. La mamá de Rosa se lo hizo conocer muy pronto. Cierta día, mucho tiempo después de haberse marchado los pajarillos, el viento sopló con fuerza y llovió bastante, reapareciendo después el sol. Rosa se asomó á la ventana, y no fué poca su sorpresa al ver el nido al pie del árbol, y que en el fondo había un pajarillo con el pico abierto. Del borde del nido pendía, no una brizna de musgo ni de yerba, sino un hilo blanco, en cuya extremidad veíase una aguja.

—Mamá,—dijo Rosa;—¿es posible que las aves cosan para hacer sus viviendas?

La madre cogió el nido y vió que el hilo se había enredado en una pata de la tierna avecilla, la cual no pudo por esta causa marchar con sus compañeras, ocasionando esto su muerte. Rosa no pudo menos de llorar la triste suerte del pajarillo, y murmuró, mientras que su madre arrojaba el nido entre las ramas del árbol:—Creo que esto servirá de aviso á la hembra para no emplear más hilo ni aguja cuando fabrique su nido.

LAS DOS ARDILLAS

Yo tenía dos de estos preciosos animales, que se distinguían por su espeso pelaje gris y su ancha cola. Casi todas las mañanas, el invierno pasado, como no hiciera mucho frío, contemplábalas desde mi ventana, procurando reconocer lo que hacían.

Si las veía en una extremidad del jardín, junto á la cerca, estaba seguro de que pronto aparecerían en la parte opuesta: sus pequeñas piernecitas no descansaban apenas un momento, y movíanse con increíble rapidez.

No era su costumbre levantarse muy temprano. Después de tomar su desayuno, y cuando el sol comenzaba á calentar, salían de su caseta para respirar el aire libre, y entonces corrían de un lado á otro, sin ocuparse en nada al parecer; pero no perdían el tiempo, sino que trabajaban mucho algunas veces. ¿Qué os parece que hacían, amiguitos míos? Pues habéis de saber que recogían nueces y las ocultaban en cantidad suficiente para alimentarse durante todo el invierno.

Como yo no tenía entonces familia, entretenía mis ocios con esos dos graciosos animales, cuya vida y animación complacíanme en extremo.



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Después que se hubo marchado Paulina, declaró que era harto orgulloso para rebajarse jamás ante nadie, aunque fuese un príncipe ó un par de Inglaterra, y que no empezaría seguramente por su tía.

Deseaba él, decía, que la anciana señora viviese largos años y gozase de lo que poseía. Si le dejaba sus bienes después de muerta, le quedaría muy reconocido; pero en caso contrario se encontraría desligado de toda gratitud para con ella, lo cual, según él, valía todavía más.



LA
CUARTA
AVE
DEL NIDO

Con tal manera de sentir, no tuvo inconveniente alguno el Sr. Crumper en prescindir de ir á ver á la enferma para hacerle la corte, como decía él.

—Tengo ahí algunos dulces de la India para la pobre vieja,—dijo el señor Barlow.—Ella me daba confituras cuando yo estaba en el colegio: no lo he olvidado. Sé que tiene aún el paladar delicado: el año pasado me escribió le mandase algunos tarros, pero no me gustó el tono de su carta, y no quise acceder á sus deseos. Hice mal. Es una pobre mujer, anciana, enferma, y sería ahora una crueldad no guardar con ella ciertas deferencias. Llévadle esos dulces, pero cuidad de que no los tenga á su disposición hasta después de haber otorgado testamento. No quiero adularla para que me deje algunos sacos de escudos, de los cuales, á Dios gracias, no tengo necesidad.

El Sr. Barlow se trasladó inmediatamente á casa de la Sra. Crumper. Como había bienes inmuebles que repartir, hubo necesidad de tres testigos para el testamento. Paulina indicó dos criados de la casa que sabían escribir; pero, para asegurarse de un tercero, el Sr. Barlow quiso que le acompañara uno de sus pasantes. Francisco había salido, y, en consecuencia, le reemplazó el pasante más antiguo.

Llamábase Mason, y era amigo de Francisco. Gozaba de excelente reputación. No había visto nunca á Paulina, pero había oído con frecuencia hablar de ella á su hermano con tanto afecto, que estaba predispuesto anticipadamente en favor suyo. Había quedado encantado de la manera cómo había hablado de la fortuna de la Sra. Crumper. Su carácter era franco y generoso, y tal comportamiento debía conmoverle.

—Más me gustaría casarme con esa muchacha sin un chelín de dote que con ninguna de las que he encontrado hasta el presente,—pensaba...—Si yo tuviera medio de bastarme yo solo... y si ella fuese un poquito más bonita... Pero por eso mismo no creo vaya ahora á enamorarme de ella, y puedo permitirme charlar un rato con la chica. Por otra parte la simple urbanidad exige que no vaya yo á caballo: haré á pie una parte del camino con la hermana de Francisco.

Mason tomó, pues, el caballo por las riendas para hacer una parte de la jornada al lado de Paulina. Comenzaron á hablar, y su conversación se hizo tan interesante que no echaron de ver el tiempo trascurrido. En lugar de una parte, Mason hizo á pie todo el camino, y quedó tan sorprendido como Paulina cuando se encontraron delante de la casa de la Sra. Crumper.

—¡Qué radiante animación ha esparcido este paseo sobre su fisonomía! —pensaba Mason al mirar á Paulina, mientras esperaban se les viniese á abrir la puerta.—Aunque no tenga una sola facción bonita, hay tanta bondad en su fisonomía y tanta sencillez en toda su persona, que me gusta cien veces más que todas las bellezas que se admiran.

Abrióse la puerta, y el Sr. Barlow, que había llegado instantes antes, llamó á Mason para que le ayudase. Subieron á recibir las instrucciones de la Sra. Crumper á fin de redactar el testamento. Paulina les introdujo en el gabinete.

—No os vayáis, hija mía,—dijo la Sra. Crumper;—permaneced ahí tranquilamente sentada al pie de mi cama, y sin reparo decidme francamente vuestra manera de pensar. El señor, que es un letrado hábil, os asegurará que, á despecho de todo, puedo legar mi fortuna á quien mejor me acomode. No os impida, pues, el temor á mis parientes, el ser feliz.

(Se continuará)



Mi muñeca come manteca

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Triángulo: Yucatán, Ulises, Cimas, Asar, Tes, As, N.—Cuadrado: Milán, Itaca, Lanas, Acaso, Nasón.—
Intrínquis: Filosofía.—Logogrifos numéricos: 1.º, Casimiro. 2.º, París.—Criptografías: 1.ª, Imperio austro-
húngaro. 2.ª, Fernando el Santo.

+ PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +



Las dos ardillas

CHARADAS

Mi primera con segunda
animal es muy temido,
nota musical tercera,
y mi todo es atrevido.

HORTENSIA GUIJARRO

Primera ve el astrónomo en el cielo
y el cazador en africano suelo.
Segunda y tercera en nada se parecen,
y voces son que igual sentido ofrecen.
Si á una segunda de primas me encontrase
mal rato pasaría;
pero peor sería
que tercera de mi todo me atacase.

ALBERTO CASAÑAL

Artículo mi primera.
Segunda y prima en los templos
ó en gabinetes de física.
De tres cuatro no hay ejemplo
que á solas valiese nada.
Es el todo útil objeto.

EUGENIA DE GARAGARZA

Amenazaron á la pobre Marta
con una todo: por huir tropieza,
y primera segunda tercera cuarta
no le quedó á la pobre en la cabeza.

AUGUSTO DEL CACHO

Conchita: si te estás quieta
cuando te tres dos el pelo,
te he de regalar un todo
que te dará gozo verlo,
y también un cuarta doble,
muy tercera cuatro por fresco.

MÁXIMO LÓPEZ

Primera repetida
y la segunda,
iremos por el todo
á Cataluña.

MANUEL LUIS VICIOSO

TERCIO DE SÍLABAS

• • •
• • •
• • •

1.ª línea horizontal y primer grupo, nombre de mujer; 2.ª id. id., ave; 3.ª id. id. instrumento para pesar.

FUGA DE CONSONANTES

E . . a . a . e . e . . e . o a . a . o . e . a . o

CARMEN ABELA

ARITMOGRAFÍA

1 2 3 4 5 6 7 8 9 = Pieza de vajilla.
4 9 6 1 4 7 8 9 = Soldado de á caballo.
4 1 8 6 9 2 5 = Carriaje lujoso.
8 5 6 7 2 1 = Extravagancia.
4 1 8 6 9 = Vehículo.
4 3 8 5 = Lo que hace el médico.
9 6 9 = Un metal.
4 1 = Letra.
3 = Vocal.

MÁXIMO LÓPEZ

ROMBO DE PALABRAS

• • •
• • •
• • •
• • •

Colocar en cada punto una letra, de modo que horizontal y verticalmente se lea:

1.º, vocal; 2.º, pronombre latino; 3.º, pueblo de Aragón; 4.º, reina goda; 5.º, un célebre zarzuelista; 6.º, nombre propio; 7.º, vocal.

A. ALFARO

CUADRADO

• • •
• • •
• • •
• • •

Sustituir estos puntos por letras que leídas vertical y horizontalmente contengan:

1.ª línea, un verbo muy común;
2.ª, una parte del cuerpo; 3.ª, un confite; 4.ª, una flor.

ANTOÑITA RIZZO

+ Las soluciones en el número próximo +

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.